

(Final del Cap. 1)

A ambos lados de la supuesta puerta de entrada al cubil de las maravillas se habían dispuesto dos añagazas perfectas, destinadas a cautivar los sentidos más emparejados con la sensualidad del estómago, el olfato, el oído y sin olvidar, por supuesto, el gusto. A la derecha, siempre según el punto de vista del visitante, una llama vivaz hacía crepitar sin descanso una gran paella de hierro, oscurecida por el uso continuado, en donde se sucedían rosarios de minúsculas explosiones que, como el prelude de todas las maravillas que aún estaban por venir, convertían los insignificantes granos de maíz en prodigiosas mariposas blancas y livianas que estallaban contra la tapa metálica del recipiente, esparciendo al unísono un concierto de percusión salvaje y el aroma penetrante del cereal metamorfoseado y cubierto con el succulento disfraz de la sal marina. En el flanco izquierdo, una mujer regordeta y sonriente embadurnaba manzanas con una sustancia pegajosa y rojiza que parecía reflejarse, como en un espejo delator, en la superficie brillante de sus mejillas sonrosadas, como si se tratara del efecto producido por un atardecer ventoso cargado de presagios. Lo dulce y lo salado, el baile fugaz de lo desconocido, el tentador abanico de sabores puesto al alcance de paladares poco habituados a la sofisticación, al lujo insólito de una oferta sencilla de elaboración y corriente de materia, en aquel territorio perdido se convertían en algo desusado, cautivador, casi imposible de rechazar. Y encerrado en el corazón de tanta maravilla, el presagio de un cambio, de una profecía destinada a alterar para siempre la vida, llamada a marcar con el signo de los elementos más poderosos un alma aún inocente, todavía virgen.